

Tú allí, junto al crucifijo,
¡María!.... tú al fin lloraste,
Y tus lágrimas mezclaste
Con la sangre de tu Hijo.

Allí le oíste decir
Que Juan tu hijo sería,
Y un *Hombre* pudo á María
Ya cual *Madre* bendecir.

De Juan hermano soy yo....
¡Madre! cuán dulce es el nombre
Con que Dios, llamarte, al hombre
Al morir le permitió.

¡Madre! ¡oh Madre! para mí
De Jesús la gracia alcanza:
Yo busco fe y esperanza,
Caridad y amor en ti.

JULIO ARBOLEDA



DESDE LA CIUDAD ETERNA

(CARTA INÉDITA)

Roma, Diciembre 28 de 1882

Sra. Margarita Caro de Holguín—Bogotá

Mi Margarita idolatrada.

Te escribo ésta, ó la principio al menos, antes de haber recibido ninguna carta tuya correspondiente al mes de Noviembre, pues dejé orden en Londres de que no me mandaran nada hasta que yo no lo pidiera de algún lugar en que tuviera seguridad de quedarme algunos días.

No sé si lograré escribirte una carta como deseo, larga y circunstanciada, pues estoy atareado con la inmensidad de cosas que hay que ver en esta ciudad, á la que estamos to los ligados por innumerables recuerdos de todo género, y estoy haciendo las cosas mucho más de prisa de lo que

me había propuesto. Mi idea fue quedarme quince días, ir á Nápoles y volver á quedarme otros quince para medio ver algo; pero aquí recibo la carta en que el Dr. Núñez me anuncia que me manda credenciales para ir á España, y esto naturalmente me obliga á apurar mi viaje por aquí. Mucho he celebrado y mucho le agradezco al Dr. Núñez esta misión, tanto más cuanto que ya había resuelto volverme de aquí para París, por España. No podía dejar de irle á hacer una visita á Gonzalo á Barcelona, y una vez allí, tenía determinado atravesar la España por Madrid y salir por los Pirineos á Lourdes, en vía para París y Londres. Ahora haré eso mismo más despacio y en mejores condiciones. Como supongo que las credenciales están en Londres, las he pedido.

De París me vine por Lyon y crucé los Alpes por el Mont-Cenis. Aunque me cogió una terrible tempestad de nieve, llegué con toda felicidad á Turín. No te puedes figurar qué placer fue para mí ver esta Italia; sólo la vista de la sabana donde estás tú y cuanto más quiero en el mundo, podrá causarme otra emoción como la que me causó la vista de estas llanuras, donde la imaginación está viendo incesantemente todas estas ciudades pobladas por generaciones enteras con quienes hemos simpatizado ó antipatizado y á quienes hemos oído nombrar y admirado desde el colegio. Ya en Turín comienza uno á ver el arte italiano, los palacios, los monumentos, las estatuas, las pinturas, las galerías que no van á tener término después. Allí vi dar Crispino e la Comare por una magnífica compañía lírica, y oí tocar al violinista reputado el mejor de Italia, un tal Sibori, cosa de la cual no tenía yo la menor idea. Ocupó los entreactos y la gente toda se volvió loca con él. La ópera admirable, y recordaba varios trozos que le había oído á Mancini. En dos días vi lo que valía la pena y me fui para Milán. Ya te podrás suponer con qué gusto atravesaría esas llanuras de la Lombardía, donde á cada paso le dicen á uno: aquí se dio la batalla tal, la batalla

cuál, desde los Romanos hasta Napoleón III. Vi con tristeza el campo de Magenta, pensando en lo que le costó al pobre Emperador la unidad italiana y las consecuencias que se han seguido para el mundo cristiano de aquella primera apostasía de Napoleón.

En Milán me quedé cuatro días: durante todos ellos fui á la Catedral, de la cual dan bastante idea las fotografías. Aquello es la maravilla del arte y de la paciencia, no hay en su clase nada que se le pueda comparar, y si te fuera á escribir sobre ella tendría materia para muchas cartas. Milán me gustó mucho más que Turín, es ciudad más importante, y tiene edificios, palacios y monumentos y paseos magníficos.

De Milán me vine á Venecia, que tenía locura por conocer. Pasé por ciudades muy interesantes como Mantua, la que Virgilio reputaba su patria, y Verona, sobre la que había leído tanto en la obra de Maffei que tengo allá, regalada por los O'Learys. Ambas ciudades hacían parte del famoso cuadrilátero de los austriacos y son fortalezas de primer orden, cuyas obras de arte militar saltan mucho más á la vista de un profano como yo, que las de las ciudades fortificadas que vi en Alemania. El camino recorre toda la orilla del lago de Garda, que parece una pintura, y va uno todo el día viendo los Alpes coronados de nieve y las campiñas verdes al pie, vista que en un panorama parecería exageradamente bonita. La llegada á Venecia fue un gran placer mezclado de tristeza, pensando que Dios me concedía á mí lo que había sido para mi pobre madre el deseo de toda su vida. ¡Qué no hubiera dado por podérsela mostrar! Al entrar en la góndola para irme al hotel Danieli, iba tan absorto, que se bajan unas gradas, y puse ambos pies en la última que estaba ya dentro del agua, y no caí en la cuenta de que me había empapado hasta después que estuve en la góndola. En Venecia me quedé cinco días, viendo á San Marcos y la plaza con sus palomas, que se le suben á uno por todas partes con la mayor confianza. Unos

cuantos niños y niñas de familias que viajan les daban de comer, y aquello era para mí un encanto, todos los días pensando que podías tú estar allí como tantas otras con mis hijos divertidos, sólo que no somos ingleses: que casi todos los viajeros que uno encuentra por aquí en parranda de familia, lo son. En Venecia vi iglesias y palacios que me gustaron mucho, muchas galerías llenas de obras maestras de los primeros maestros, el palacio de los Dux, cuando Venecia le daba la ley al mundo, el palacio de Lucrecia Borgia, la casa que habitó Byron tanto tiempo, el Puente de los suspiros, las prisiones, los famosos Plomos, etc., todo lo vi y mucho me gustó. Fui á visitar una fábrica de cristales, cosa que deseaba mucho, y vi hacer los famosos espejos venecianos, botellas y vidrios de todas clases. El Sr. Murano, dueño del establecimiento, me hizo hacer una copa de champaña para que viera el procedimiento desde el principio hasta entregármela empacada, para que te la llevara como un recuerdo de Venecia. Pero la impresión general que Venecia me dejó, fue triste. Fuera de la orilla del mar y del gran canal, todo lo demás es sombrío y medroso. Los palacios mismos, rodeados de agua, me parecían prisiones en que yo no viviría por nada. Cada vez que mi góndola se acercaba á esos muros húmedos, en aquel silencio eterno que tanto contrasta con el ruido á que uno se habitúa en Europa, yo sentía como calofríos, me parecía que me llevaban ante el Consejo de los Diez y que me iban á sepultar en alguna bóveda. Hasta las voces que dan los gondoleros, al cruzar las calles, para prevenir un encuentro es lúgubre. Sin embargo, he encontrado mucha gente para quien Venecia es el cielo.

De Venecia me vine por Padua á Florencia, que es el contraste más notable. Florencia, *Firenze* en italiano, ciudad de las flores, se ríe sola. Traje cartas de recomendación de Hortensia Antomarchi para una familia Spanvechia, que me atendió como no es decible. Allí fui á ver también á Clementina Santander, con quien vive la señora



de Eustasio Santamaría, y ellas me hicieron visitar unos cuantos salones de los primeros de Florencia. Por esta razón me tuve que quedar diez días, y me vine excusándome para dos invitaciones á comer, porque las cosas se iban enredando, de modo que no sé cuánto me hubiera tenido que quedar. Conocí una familia muy estimable y muy rica de México; el padre era italiano, Placi, y ellos se han quedado viviendo allí y en una de las primeras casas. Por casualidad rodó un día la conversación sobre las dificultades de conocernos en América unos á otros, y lo poco que se leen en unos países las producciones de los otros. Esto me llevó á hablarles del Sr. Montes de Oca, el Obispo de Tamaulipas, con lo que se volvieron locas. Resultó que lo adoran en la casa, que viene á verlas de cuándo en cuándo y que es fiesta cuando viene á visitar á la casa, y se quedaron queriendo á Miguel Antonio, porque les dije que era grande admirador del Obispo, y si mal no recordaba, aun se correspondía con él. Clementina vive allí sumamente querida y considerada, y lo merece por todo lado. Yo me sentía orgulloso de que vieran esa muestra de Colombia, pues puede lucir en cualquier salón del mundo, por su ilustración, su dignidad, su porte y su moderación. En esos salones, que son torres de Babel, en donde se habla alternativamente inglés, francés, italiano ó español, ella los habla todos con facilidad y sin afectación. Sus hijas son muy célebres y se ocupa exclusivamente en educarlas. No me figuré jamás que se hubiera formado tanto. La señora Santamaría es otro encanto por su amabilidad é ilustración, políglota consumada y á quien todo el mundo considera y respeta. Con ellas vi mucho de Florencia: estudios de artistas, pintores y escultores, paseos, edificios públicos, iglesias, etc. etc. Fui también con ellas á Fiésole, pueblecito situado en una de las alturas que rodean á Florencia y donde esta ciudad estuvo antiguamente. Allí está la casa madre de los Jesuítas, y ellas me fueron á presentar al Padre General, de quien son amigas. El Padre General me

recibió con la mayor afabilidad, manifestándome cuánto sentía que no hubiera yo alcanzado al Padre Gil. Hablamos, como era natural, de todos los jesuítas que conocí en Bogotá, y de todos me dio razón, diciéndome dónde había muerto cada uno de ellos, ó dónde vivía y la suerte que le había cabido. El se admiraba de lo que yo recordaba de cada uno, ¿pero qué me parecería á mí oírlo recordar á él todo aquello y pensar de cuántos otros tendría que saber lo mismo? Se llama Becks: es belga, y lo demás ya te lo figurarás con decirte que es General de los Jesuítas. La familia Spanvechia, que vive en Italia desde hace veinte años, me sirvió muchísimo también. El Sr. Spanvechia, aunque viejo, y ya bajo el golpe de la pérdida de su compañera de la vida, como llama á su mujer, que murió hace un año, fue lo más amable, me convidó mucho y me dio una de las hijas y un hijo para que me acompañaran y me hicieran ver unas cuantas cosas de Florencia; pero hay tanto que ver, que no habiendo hecho otra cosa, se me quedaron sin ver varias. Por supuesto el Palacio Pitti fue lo que me llamó más la atención. Para ver palacios y espejos y *boudoirs* y lujo, hay que venir á Italia, y entonces le parecen á uno cosas de ricos nuevos las que ha visto en Francia é Inglaterra.

Me dijeron que deseaba mucho conocerme una señora inglesa, llamada Miss O'Kallogham, que había conocido mucho á las O'Learys, como antigua amiga del General. Fui á hacerle una visita y salí encantado. Estuvo de joven en América, en Venezuela; y, como era natural, conversamos mucho de la familia O'Leary. Hizo mucho por detenerme, manifestando que no tenía *desings upon me*. Pero es tan apasionada florentina, que dice que á Florencia no se va sino que se vuelve, y que ella estaba segura de volverme á ver.

Nada hay tan lindo como los alrededores de Florencia y las orillas del Arno. Los paseos á la orilla del río y sobre uno de los cerros son una pintura, y están llenos de casas de campo primorosas y monumentos.

Vi muchas cosas, como podrás suponerte, en Florencia que me gustaron mucho; pero nada me causó la impresión que Santa Croce, iglesia riquísima en monumentos, en donde se encuentran los más célebres que cubren las tumbas de Dante, Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo, Alfieri, Aretino, etc. etc. Aquello tenía una atracción magnética que me hizo ir á visitarla cinco veces, y siempre me quedaba con deseos de volver. Esta Italia tiene, sobre cuanto uno ve en Europa, el privilegio de interesar por cuantos lados hay, y lo único con que no me conformo, es con no tenerte aquí, y á cuantas personas me figuro que gozarían con estas obras y los recuerdos que despiertan, cuanto yo gozo. Me costó trabajo salir de Florencia, y esto es que me venía para Roma y que me parecía que toda aquella excursión era un baño de gusto previo indispensable, algo como una preparación del espíritu para llegar á esta patria de los dioses y los reyes.

Al fin salí una mañana muy temprano en vía para Roma, y pensando que veía por última vez aquellos campos tan lindos que rodean á Florencia. Venía en mi vagón, perfectamente solo, con mi guía que me venía recordando todos los hechos notables ocurridos en los lugares cuyos nombres leía al pasar. Leyendo estaba el paso de los Apeninos por Aníbal, y su famosa batalla del lago Trasimeno, cuando volví la vista y vi que recorríamos la orilla del lago. Esos gustos no se pueden comparar con nada, porque son de un género desconocido; pero es el hecho que lo traen á uno con el ánimo suspenso. Y entre tanto, á cada hora que pasa va sintiendo uno que se va acercando á Roma. Sin saber á qué horas se me acabó el tiempo, y eran las tres y media de un día sin una nube, cuando alcancé á ver la ciudad, y la cúpula de San Pedro y el Tíber con sus aguas coloradas como cuando Horacio lo veía estrellarse contra el templo de Vesta: *Flavum Tiberim*. ¡Qué gusto tuve al verlo! No sé por qué ejercen un imperio tan grande sobre mí los ríos. Nada me trae tantos recuerdos y me fascina tanto como un río. El Rin, el Táme-

sis, el Sena, me han hecho consumir muchas horas sin pensar nada ó pensando en tanto, que no acierto á darme bien cuenta de lo que pienso. Estos ríos de Italia tienen su encanto especial: el Po, el Adige, el Mincio, el Arno, y sobre todos el Tíber, los veo como si fueran seres animados, sobre todo el Tíber, que es conocido tan viejo y tan simpático.

Yo no creo que nadie que venga á Roma, sabiendo á dónde viene, pueda decir qué es lo que experimenta al acercarse. Yo me sentía á veces contento, entusiasmado, á veces triste, como si temiese que Roma no había de corresponder á mi expectativa, pensaba en ti, en mis hijos, en todos los míos, en muchísimos amigos, en los viejos romanos, en César, en Cicerón, en Virgilio, en Horacio, en el coliseo, en los mártires del circo, en los papas, en Pío IX especialmente, en cuanto hay. Esa misma tarde vi algo, pero muy poco, porque perdí mucho tiempo en instalarme en un hotel que me habían recomendado y en donde estoy muy contento. Por la noche, después de comer, salí á pasear al Corso, y fui á un teatro en que estaba anunciada la *Traviata*; pero resultó que no hubo función. Me acosté rendido, como si hubiera andado á pie todo el día, y dormí nueve horas.

Me levanté con la intención de dedicarle el día íntegro á San Pedro, y á las 9½ me estaba afeitando para ir á almorzar temprano, cuando me llegaron unas cartas de Londres, que fui á abrir corriendo, esperando tener alguna tuya. No, ninguna, lo que me causó gran pena; pero tuve el gusto de ver la del Dr. Núñez, en la que me anuncia el envío á Madrid, que es lo que más he deseado últimamente, y al mismo tiempo venía carta de M. J. Díez con los poderes que esperaba. Todo esto en los momentos en que estaba con la ilusión de ir á conocer la primera maravilla de la tierra, se me hizo como que me enviaba Dios demasiado sin merecerlo. Almorcé y me fui á San Pedro. La plaza me gustó tanto, que me estuve hora y media viéndolo todo por fuera y admirándolo en cuantos detalles podía con el bi-

nóculo que llevé al efecto. Como siempre he oído decir que la entrada sorprende porque no corresponde á lo que uno espera, yo entré como con miedo, preparado como para no admirar nada; pero ¡qué sorpresa! ¡qué San Pedro!

Mi primera impresión fue de orgullo al ver aquella magnificencia católica que podía llamar mía, sobre todo en presencia de varios extranjeros que allí había y que por su modo de ver las cosas no me parecían católicos. Pero luego comprendí que aun ellos debían experimentar lo mismo que yo, porque pronto, como olvidándome de que era católico, sentí que mi vanidad humana se halagaba y que mi dignidad de hombre se enaltecía pensando que individuos de mi especie hubieran sido capaces de tributar aquel homenaje á la Divinidad. El mundo no ha visto, ni está en el orden natural de las cosas que vuelva á ver, la realización de otra concepción semejante. Pensaba yo en el templo de Salomón, en las siete maravillas del paganismo, en cuanto he visto en Europa, inclusive Westminster y Nuestra Señora de París, las catedrales de Colonia y de Milán, y todo se me hacía pequeño y descolorido. Pensé tanto allí en todos ustedes, que me daba como desesperación de imaginarme que si Miguel Antonio viera lo que yo veía, le había de faltar vista para admirar y gozar como yo gozaba y admiraba.

Esto sí que le parecería la alegría del cielo. Como me sería imposible contarte pormenores, me limitaré á decirte que gasté como tres horas el primer día en ver diferentes cosas, y que después he vuelto todos los días y seguiré yendo para tener una media idea de San Pedro y del Vaticano. Si fuera á decir qué me había gustado más de cuanto hasta ahora he visto allá, diría que la urna de plata, cincelada por Benvenuto Cellini, donde están los restos de San Pedro y San Pablo; la estatua de Pío VI que está de rodillas enfrente de ellos, obra de Canova; la Transfiguración por Rafael, la comunión de San Jerónimo por el Dominiquino, el grupo de Laoconte y el desposorio de Santa Catalina por Murillo. Esta última se la regaló la Reina de

España á Pío IX, y él la hizo copiar en mosaico finísimo para devolvérsela. Por supuesto que aún me falta ver muchísimo del Vaticano y que naturalmente estos juicios están sujetos á modificación.

El segundo día de estar en Roma fui á ver al Sr. Sedochowsky, que vive también en el Vaticano. Nada que te diga del gusto que manifestó al verme y del que yo tuve al verlo á él. Se acuerda de todo Bogotá, por todo el mundo me pregunta con interés. Dos veces traté de levantarme para despedirme, y otras tantas me hizo sentar diciéndome: no; convérseme más, que viéndolo me parece que veo al Dr. Mallarino y al Dr. Ospina, y D. Ignacio Gutiérrez, y que ya estoy en Honda y que voy á coger la mula. ¡Oh! ¡con qué gusto volviera á ver á Bogotá y pasar aquellos trabajos!

Fui en seguida á ver al Cardenal Jacobini, para quien tenía muy buenas recomendaciones. El es el Secretario de Su Santidad, y en cuanto á amabilidad y ofrecimientos, no me dejó nada que desear.

Como mi deseo principal era ver al Papa, me dijo que ahora estaban en recepciones de comunidades, que durarían hasta el 4 ó 5 de Enero, y que si quería podía verlo en una de esas recepciones; pero que él quería introducirme para que le hiciera una visita particular y privada, lo cual se podía hacer á mi vuelta de Nápoles, y así lo dejamos convenido.

Después me he ocupado en ver cosas de la Roma antigua, como el Coliseo, las diferentes Termas, arcos y lugares célebres. He visto las Catacumbas, San Pablo, que apenas le cede á San Pedro en magnificencia, teniendo cosas mejores, é infinidad de iglesias, edificios públicos y galerías de pintura y escultura.

La parte vieja de Roma no presenta interés material ninguno como ciudad; pero la parte nueva es magnífica. Por supuesto me falta mucho por conocer, sigo en el oficio y tengo todavía tarea para algunos días. Ahora pienso seguir á Nápoles y conocer Herculano y Pompeya, y al

regreso consagrarle á Roma otra semana. A mi vuelta á Francia (Marsella) pasaré deteniéndome algo en Pisa, Génova y Niza. Luégo por Marsella á Barcelona.

Mucho celebro haberme venido de Londres, pues veo que el invierno está allá espantoso y estoy este año muy sensible al frío, tanto que aquí mismo en Italia me ha venido haciendo mucha impresión.

Enero 1.º de 1883

Tercer año que principio lejos de ti y de mis hijos, reina mía. Hace dos años estaba en Panamá, el pasado en París, confío en Dios que el próximo estaremos juntos, cuando no nos hayamos de separar más. Con qué ilusión pienso en eso y qué insignificante se me hace cuanto veo por acá al pensar en la dicha de volver á mi casa á estar contigo. Mucho he visto ayer y antier, lo más importante la capilla donde se halla un pedazo grande de la cruz de Nuestro Señor y las escaleras de la casa de Pilatos que Él subió y que las trajeron aquí íntegras. Están cubiertas y se suben de rodillas. A la capilla sólo pueden entrar el Papa y los Cardenales, y se considera el lugar más santo del mundo, si hay algo más santo que cada lugar donde Él está vivo y presente. Hay abajo una estatua representándolo atado á la columna, y otra admirable en que Judas le está dando el beso; pero nada como un grupo que vi en un subterráneo de la vecina iglesia de San Juan de Letrán, en que lo representan muerto en los brazos de María.

Visité las catacumbas donde se refugiaban los antiguos cristianos en los tiempos de las persecuciones de los emperadores romanos, de que tanto habrás leído. El corazón se oprime allí, física y moralmente, y aún se ven muchos esqueletos de aquella época.

Visité á San Pablo, que me sorprendió más, porque no esperaba encontrarme con aquella grandeza y riqueza tan extraordinaria. Columnas enormes de alabastro, estatuas colosales magníficas, altares de malaquita, un piso

de mármol blanco con mosaicos, como no se ve en ninguna parte. Básteme decirte que tiene cosas superiores á San Pedro. Y luégo esta claridad de las iglesias de Roma, que es cosa aparte, para poder uno admirarlo todo hasta en sus últimos pormenores.

Visité el antiguo templo de Fauno, consagrado hoy á San Esteban, donde se ven todos los suplicios de los mártires de la fe bajo todos los Emperadores que persiguieron á los cristianos. Visité el altar de San Ignacio en la iglesia de Jesús, todo de plata maciza, con piedras las más valiosas, riqueza de que no es posible formarse una idea ni viéndolo como yo lo veo en estas cosas, sin pereza. Visité cerca del antiguo Foro las prisiones Mamertinas, donde los romanos encerraban á los condenados á muerte y en donde San Pedro y San Pablo estuvieron presos. De allí se había fugado San Pedro cuando se encontró con el Señor y le dijo: ¿A dónde vas, Señor? y Cristo le respondió: "A Roma, á que me crucifiquen"; lo que lo hizo regresarse. Vi el lugar en que estando preso San Pablo predicó con tal elocuencia que convirtió á los carceleros y probé el agua que hizo brotar de una roca viva, que es parte de la roca Tarpeya, y con la cual agua bautizó á los circunstantes. Vi la piedra en que quedaron estampados los pies de Jesucristo en el momento de encontrarlo San Pedro.

Suspendo aquí, porque me voy á ver la estatua colosal de Bolívar que están acabando para mandar á Guayaquil, á Visitar el Quirinal, y luégo á vestirme para irme á comer con el Sr. Trocchi....

Te abraza tu amantísimo

CARLOS HOLGUIN